



Lecturas

Tercer grado

Ser lectores

Tú ya no eres una niñita ni un niño. Tú estás ya en tercero. En los tres, o cuatro, o cinco años que llevas de escuela, y en la vida diaria, con tu familia, en la calle, en la televisión, ya aprendiste a leer y a escribir muchas palabras. Pero, más allá de esas palabras, hay muchísimas más. Y las palabras son los puentes que nos llevan al conocimiento. Este libro busca prepararte para que puedas leer todos los demás. Los de la escuela y los que vayas conociendo en otras partes. Este libro se ocupa de lo más importante que la escuela debe darnos: hacernos lectores.

Una cosa es saber leer y escribir, estar alfabetizados, y otra cosa es ser lectores: que cada día dediquemos un buen rato a leer por el gusto de leer. Además, claro está, de lo que tengamos que leer para informarnos y para cumplir con nuestras obligaciones escolares. Ser lectores facilita las otras dos metas centrales de la escuela: enseñarnos a convivir y enseñarnos a manejar los números.

En este libro abundan los textos literarios. Textos en que las autoras y los autores hablan de sus sentimientos, o nos cuentan su vida, o la de otros personajes —históricos o imaginarios—, o nos descubren maneras que no conocíamos de ver el mundo. Textos que nos hacen capaces de analizar la realidad con un pensamiento crítico, y que fomentan nuestra imaginación. En realidad, lo más probable es que hayas comenzado a conocer esta clase de relatos antes de que supieras leer y aun antes de que supieras hablar. Cuando tus padres o abuelos o hermanos mayores comenzaron a contarte cuentos, episodios históricos, leyendas, qué aventuras has tenido en tu vida. Quizá ciertas palabras te resulten desconocidas, por eso las hemos consignado en un glosario al final del libro. En los textos, las palabras marcadas con color rosa te indican que debes consultarlo.

Frecuentar los textos literarios —dedicarles un rato cada día— nos enseña a salir de nuestra persona para convertirnos en otros. A hacer nuestras las experiencias y las situaciones de otros seres, sus ideas y sus maneras de ver, sentir e imaginar. Nos aficiona a la lectura, nos convierte en lectores. Y, no lo olvides: eso es lo más importante que la escuela puede darte, porque eso te dejará capacitada o capacitado para que sigas aprendiendo durante todos los días de tu vida.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

Alicia en el País de las Maravillas

Lewis Carroll

En la madriguera del conejo.

Alicia comenzaba a hartarse de estar sentada sin quehacer en la ribera del río. Una o dos veces se había asomado al libro que leía su hermana junto a ella, pero el libro no tenía dibujos ni diálogos. "¿Y de qué sirve un libro que no tiene dibujos ni diálogos?", pensaba.

Así que estaba meditando (lo mejor que podía, pues el calor de aquel día la hacía sentirse muy somnolienta y atontada) en si el placer de ensartar una guirnalda de margaritas valía la pena como para levantarse a cortar las flores, cuando de repente un Conejo Blanco con ojos rosados pasó corriendo cerca de ella.

Aquello no le pareció *particularmente* notable. Tampoco le pareció *tan* fuera de lugar cuando oyó que el Conejo decía para sí:



“¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos! ¡Qué tarde voy a llegar!” (Cuando más tarde se acordó de ello, Alicia pensó que quizás debía haberle extrañado, pero en ese momento le pareció de lo más natural.) Pero después de que el Conejo sacó *sin más un reloj de bolsillo de su chaleco*, lo consultó y apresuró el paso, Alicia se puso de pie de un salto porque se le ocurrió que nunca antes había visto un conejo con chaleco, mucho menos uno con un reloj que pudiera extraer del bolsillo.



Así que, ardiendo de curiosidad, corrió tras él por el campo y lo alcanzó justo a tiempo para verlo **escabullirse** por un gran agujero que se abría al pie de un seto.

Poco después también Alicia desaparecía por el agujero sin detenerse a pensar en cómo se las arreglaría luego para salir.

Por un trecho, la madriguera era recta como un túnel, pero de pronto se torcía hacia abajo, tan de pronto, que Alicia no tuvo tiempo de pensar en detenerse antes de caer por lo que parecía ser un pozo muy profundo.





Glosario

acerbo, ba. Áspero al gusto.

ahínco. Entusiasmo o empeño para hacer algo.

amedrentar. Asustar, provocar miedo.

anhelante. Que desea mucho algo.

arcano, na. Secreto, misterioso.

áureo, a. De oro o con alguna de sus características.

briza. Que mece o acuna.

celada. Parte de una armadura antigua, que cubría la cabeza y tenía una visera movable.

claraboya. Ventana ubicada en el techo.

corcel. Caballo ágil.

designio. Intención o plan de hacer algo.

efímero, ra. Que dura poco.

elocuencia. Capacidad o posibilidad de hablar o de expresarse de manera fluida, apropiada y convincente.

engendro. Ser feo, desproporcionado o monstruoso.

escabullirse. Escaparse sin que nadie lo note.

escoplo. Herramienta que usan los carpinteros formada por un mango y una cuchilla plana.

etéreo, a. Que es extremadamente ligero, airoso y elevado; muy sutil y delicado; impalpable.

filigrana. Trabajo, obra o adorno formado de hilos de oro y plata, muy delicado.

gorro frigio. Gorro cónico, de color rojo, con la punta curvada hacia delante o hacia el costado.

gota. Enfermedad que produce hinchazón en las articulaciones.

grácil. Delicado, ligero.

huso. Instrumento, generalmente de madera, largo, fino en las puntas y abombado en el medio, que se utiliza para hilar lana.

ignominioso, sa. Que causa ignominia; que provoca gran vergüenza y humillación.

indómito, ta. Que no se puede domar.

inerte. Inmóvil.

ínfimo, ma. Que tiene la posición o categoría más baja posible, que tiene poca importancia.

labial. Que se pronuncia con los labios, como la letra p.

meridional. Del sur.

mortecino, na. Que no tiene fuerza o intensidad.

muelle. Pieza elástica que se utiliza en varias máquinas para suavizar su movimiento, regularlo o hacerlo más estable.

ocelo. Ojo simple de los que forman un ojo compuesto de insectos y otros animales.

oda. Poema para alabar a alguien.

oropel. Cosa de poco valor y mucha apariencia.

palíndromo. Palabra o frase que al leerse de izquierda a derecha y de derecha a izquierda dice lo mismo.

precepto. Orden, mandato o norma.

puchero. Vasija de panza ancha que sirve para hacer guisados o guisado que se hace en esa vasija.

rancio, cia. Antiguo. Alimento viejo con sabor y olor desagradables.

rocín. Caballo de mal aspecto.

rueca. Instrumento para hilar, compuesto de vara, rueda y poleas donde se enrolla el hilo.

sagaz. Astuto y prudente.

sutil. Delgado, delicado.

terral. El "viento terral" es aquel que viene de la tierra.

trasoñar. Entender algo erróneamente, como en los sueños.

Créditos iconográficos

Mariana Alcántara Pedraza, pp. 43, 58, 59, 65, 105, 134
Diego Álvarez, pp. 26-27, 84
Sharon Barcs, pp. 36-37, 96-97
Israel Barrón, pp. 74-75, 138-139
Patricio Betteo, pp. 28, 29, 57, 88, 91
Ángel Campos Frías, pp. 20-21, 61-63, 102-103
Julián Cicero, pp. 64
Juan José Colsa, pp. 10, 22-23, 38-39, 52, 53, 76, 77, 102-103, 108-109, 120
Paloma Díaz, pp. 44-45
Julia Díaz Garrido, pp. 46, 47, 89, 101, 104, 121
Ixchel Estrada, pp. 11, 18-19, 31, 119
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 16-17
Isabel Gómez Guízar, pp. 78-79, 92-95
Mauricio Gómez Morín y David Lara, pp. 60, 66-67, 135, 136-137
Natalia Gurovich, pp. 24-25
Claudia Legnazzi, pp. 8-9, 40-41, 48-51, 106-107, 122-123, 130
Diego Molina, pp. 124-125
Claudia Navarro, pp. 110, 111
Ricardo Peláez Goycochea, pp. 70-73
Gabriela Podestá, pp. 85-87, 112-118
Tania Recio, pp. 12-13, 14-15, 126
Esmeralda Ríos, pp. 30, 80-81, 90, 131
Luis San Vicente, pp. 33, 34-35, 68-69, 132-133
Mauricio Torres Rivera, pp. 98-100, 127-129
Cecilia Varela, pp. 32, 54-56
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 82-83